

CRISTINA ULLOA ESPINOSA / profesora del Departamento de Formación Humana y del Campus Virtual Internacional de la Universidad de Deusto

La interculturalidad

Un punto de partida en el aprendizaje

Nuestras sociedades contemporáneas son, casi sin excepción, multiculturales. Esta diversidad cultural es una condición global, impulsada —como señala Bhikhu Parekh— por procesos como las migraciones, la globalización y la ampliación de libertades individuales. Sin embargo, esta multiculturalidad no se vive de manera homogénea. Cada sociedad, cada ciudad y cada aula la experimentan de forma distinta, muchas veces reproduciendo relaciones de poder coloniales, sexistas y racistas. Al mismo tiempo, asistimos al resurgimiento de nacionalismos excluyentes, del miedo al otro y de la xenofobia, como advierte bell hooks.

Frente a este escenario la educación tiene un papel clave. En el ámbito universitario, no solo porque debe aspirar a ser realmente inclusiva, sino porque está llamada a contribuir a la construcción de sociedades más democráticas, justas y humanas. La educación intercultural implica reconocer los sistemas históricos de dominación que la atraviesan y asumir que la diferencia no siempre es cómoda ni armónica.

Estas reflexiones cobran sentido en la práctica docente. La experiencia de enseñanza en el Campus Virtual Internacional de la Universidad de Deusto, con grupos conformados por estudiantes de más de diez países y diversas disciplinas, me ha mostrado que la interculturalidad

no es un tema que se “agregue” al curso, sino una condición cotidiana del proceso de aprendizaje. Al trabajar desafíos globales, como las desigualdades o la crisis climática, emergen relatos y perspectivas que suelen quedar fuera de los enfoques occidentales dominantes.

Metodologías sencillas, como espacios colaborativos donde el estudiantado comparte experiencias personales, referencias culturales y formas distintas de entender un mismo fenómeno, permiten visibilizar esa pluralidad. Escuchar a otras personas no solo amplía la información disponible, sino que cuestiona supuestos que suelen darse por universales. Aprender, en estos contextos, implica también aprender a incomodarse, a explicar el propio punto de vista y a reconocer sus límites.

Desde esta perspectiva, una educación intercultural, como señalan

Parekh y hooks, trata de formar habilidades como la empatía, la escucha, la curiosidad y el respeto mutuo, y de asumir que aprender desde la interculturalidad implica también gestionar el conflicto. La interculturalidad, entonces, no es un ideal abstracto, sino una práctica cotidiana que se construye en el diálogo, el respeto y la voluntad de aprender con otras personas. •



Conoce más en:

- Parekh, B. (2005). *Unity and diversity in multicultural societies*. International Institute for Labour Studies.
- hooks, b. (2021). *Enseñar a transgredir. La educación como práctica de la libertad*. Capitán Swing.

